

das veces, el único juez del trabajo científico son las comunidades científicas relevantes ("Posdata", *ibid.*, p. 209). Esto tiene consecuencias para su concepción del progreso científico. Musgrave nos dice que Kuhn está lejos del relativismo, admitiendo que hay progreso, ya que sostiene que hay cánones independientes de las teorías a cuya luz se pueden comparar —a saber, el canon principal es el de la capacidad de plantear y resolver rompecabezas presentados por la naturaleza, y los secundarios son los usuales de simplicidad, exactitud, etcétera (p. 30). Sin embargo, notemos que para Kuhn todos estos cánones son lo que él llama valores, y por tanto, como vimos anteriormente, se pueden interpretar y aplicar de diversas maneras ("Posdata", *ibid.*, p. 205). Quien determina cómo se aplican en determinado momento es, precisamente, la comunidad científica relevante. Por ello, y en este sentido un tanto débil, Kuhn sí es relativista: el que el desarrollo científico se considere o no como un caso de progreso, está determinado por las comunidades científicas y no por cánones absolutos. Así, pues, el énfasis de Kuhn en la estructura comunitaria de la ciencia tiene al menos una consecuencia más o menos subversiva, ya que implica que los juicios acerca del progreso son un tanto relativos, no absolutos y extracientíficos, como han sostenido los empiristas lógicos y muchos otros.

ELIA NATHAN BRAVO

Peter A. French, T. F. Uehling Jr., H. K. Wettstein (eds.), *Midwest Studies in Philosophy. Vol. IV: Studies in Metaphysics*. University of Minnesota Press, 1979; 445 pp.

Este volumen recoge veintidós contribuciones escritas específicamente para él. El artículo que mejor patentiza la temática general es el de Sidney Shoemaker intitolado "Identidad, propiedades y casualidad". Estos tres conceptos dominan el conjunto, y su tratamiento revela la influencia decisiva que han tenido varios filósofos recientes de cuño leibniziano, encabezados por Saul Kripke. Una vez eliminado el espectro cartesiano, gracias a H. P. Grice, el terreno ha quedado abierto para las teorías causales de la identidad, la sustancia, las propiedades o los universales, en un renacimiento de las tesis leibnizianas sobre las sustancias materiales y las personas.

En el volumen hay trabajos bien elaborados, aunque no creo que sean longevos. Más bien se trata de un conjunto de buenas discusiones, desde una perspectiva reciente, que todo estudioso de la filosofía podría leer como estímulo para su propio trabajo. Por esta razón, y por el número de artículos incluidos, me limitaré a comentar una porción de los mismos, a saber, aquellos que tocan de cerca mis propios intereses metafísicos.

Peter Strawson abre el volumen con un artículo titulado "Universals". Ante un tema tan clásico, Strawson despliega —con el estilo delectable que ha logrado madurar con los años— su convicción de que la disputa entre realistas y nominalistas involucra motivos de tal densidad que no es posible esperar soluciones en favor de una de las partes.

Esos motivos opuestos son, por un lado, la tesis naturalista acerca de la existencia y, por otro, la tesis antinaturalista de lo general o lo ideal. En los nominalistas pesa más la primera; en los realistas, la segunda. La dificultad de acomodar ambas hace suponer que estamos frente a una verdadera aporía del pensamiento humano. A final de cuentas Strawson nos ofrece el flaco y filosófico consuelo de aconsejarnos tomar la opción que más nos agrade.

En "Universals or Family Resemblances?" Richard E. Grandy sostiene que la noción de una "semejanza de familia" requiere una elaboración mucho mayor para jugar un papel importante en la milenaria disputa entre realistas y nominalistas dignos de atención. Este trabajo es recomendable para aquellos wittgensteinianos ingenuos que se conforman con repetir algunos parágrafos de las *Investigaciones*.

En "Mind, Brain and Causation", J. L. Mackie toca un punto importante de la disputa mente-cuerpo, a saber, la cuestión de si las propiedades mentales son causalmente eficientes y no meros acompañantes, dispensables, de las verdaderas causas neurofisiológicas. Mackie se rehúsa a eliminar las propiedades mentales como auténticos agentes causales. Le parece que si la evolución produjo propiedades mentales fue porque eran necesarias; por lo tanto, la evolución avala al epifenomenalismo.

Mackie carece de un argumento demostrativo y recurre a la persuasión. Después de elaborar una tesis conceptual de la asimetría causal, apoyándose en la dirección de la condicionalidad entre la causa y el efecto, llega a la conclusión de que las propiedades mentales no son eliminables porque son estrictamente contemporáneas con las causas neurofisiológicas. Por otra parte, las causas mentales ofrecen una versión simple y económica de la explicación de la similitud en casos de percepción y en casos de acción intencional; por esta razón, Mackie clasifica las propiedades mentales como auténticas causas, inseparablemente ligadas con las leyes fundamentales del mundo natural.

La tesis de Mackie representa un desafío al fiscalismo de moda y, aun cuando requiere mucho mayor elaboración, muestra una posible salida al carácter insatisfactorio de ese fiscalismo.

Jaegwon Kim —en "Causality, Identity and Supervivence in the Mind-Body Problem"— proporciona el argumento que necesita la tesis de Mackie al elaborar una tesis de la superveniencia de lo men-

tal a partir de lo material. El epifenomenalismo al que así llega Kim lo aleja, a la vez, del funcionalismo que habla de la realización de las propiedades mentales en propiedades y sustancias materiales, y de la teoría de las identidades particulares entre propiedades físicas. (Respecto de esta última Kim prefiere —acertadamente a mi juicio— mantenerse alejado al no comprender esto de las identidades particulares.)

Kim asegura que su tesis de la superveniencia de lo mental sobre lo material permite enfrentar mejor los tres problemas que surgen a toda teoría de la mente de cuño epifenomenalista, es decir, a toda teoría que afirma que las propiedades mentales son causas conjuntamente con las propiedades neurofisiológicas: primero, el problema de que las co-causas mentales resultan dispensables; segundo, el de que las co-causas mentales vienen a producir efectos que ya produjeron las causas neurofisiológicas; tercero, aquél que niega que las co-causas mentales sean suficientes para producir los efectos.

George Wilson, en “Cheap Materialism”, construye un “cuasi epifenomenalismo” que es la conjunción de una teoría dualista de las sensaciones con una teoría de los procesos neuronales y de las entidades no-físicas. Wilson cree que su teoría permite distinguir entre dos estrategias en contra del dualista, a saber, aquélla que aboga por el materialismo ontológico y la que solamente apoya un materialismo metodológico. De acuerdo con Wilson —y a pesar de nuestras intuiciones naturales en contrario—, este último tipo de materialismo es el único que debe importarnos salvar.

Wilson parece sorprenderse de que la teoría de la identidad pueda aceptar sensaciones concebidas dualísticamente. Empero, esta posibilidad quedó aceptada cuando los materialistas australianos asumieron que la posible identidad entre sensaciones y procesos mentales es una cuestión empíricamente abierta, es decir, que sólo el descubrimiento empírico dirá quién tiene la razón en la disputa entre el dualismo y su opositor.

En “Individualism and the Mental” —el artículo más extenso de esta extensa colección—, Tyler Burge acusa por igual al cartesianismo y al conductismo-funcionalismo de negar la dimensión social en la que descansa principalmente la atribución de estados, sucesos y procesos mentales. Burge sostiene que la atribución de contenido mental no se basa en los sucesos internos ni en determinada conducta, sino en las prácticas sociales. Para establecer su tesis, elabora un caso contrafáctico según el cual el sujeto ignora el contenido de un predicado, pero se atiene a las regulaciones sociales, y todo marcha bien al aplicarlo.

Burge relaciona puntos importantes de la reciente filosofía de la mente con otros de semántica filosófica en un diagnóstico general de

lo que realmente anda mal en esa primera área. Su lectura es muy estimulante, aun cuando resulte difícil establecer el *cash-value* de toda esa elaboración conceptual.

En “Deviant Causal Chains”, Christopher Peacocke elabora las condiciones en las que una cadena causal puede desviarse. Con ello busca eliminar las objeciones que se han hecho a las teorías causales de la mente, principalmente a la teoría causal de la percepción y a la de la acción.

P. Hacker argumenta, en “Substance: The Constitution of Reality”, que la mente no es una clase natural de sustancia de la cual estén constituidas las mentes individuales, y que la materia tampoco designa una clase natural de sustancia, sino un concepto formal. Con ello, Hacker quiere atacar una tradición y una forma de pensar que Descartes introdujo en el mundo moderno.

Peter Achinstein defiende, en “The Causal Relation”, su análisis extensional de la causalidad, y sostiene que el énfasis de una particular de un enunciado causal dado no afecta el contenido significativo del mismo.

Rosenberg y Martin argumentan, en “The Extensionality of Causal Contexts”, que los enunciados explicativos tienen dependencia mental e intensionalidad, mientras que los enunciados causales no la tienen y, por ello, son extensionales.

Lawrence Lombard les responde y piensa que ésta no es la razón correcta de la diferencia entre enunciados causales y enunciados explicativos. Según él, los primeros son enunciados que establecen una relación entre sucesos, y por ello son extensionales, mientras que los enunciados explicativos establecen relaciones entre hechos (*facts*) y por ello son intensionales.

Shoemaker, en el artículo mencionado más arriba, se mueve entre la *Scilla* de los teóricos de la identidad a través del tiempo —quienes dicen que la noción de sustancias persistentes es una ilusión y debe sustituirse por la construcción de continuantes, para lo cual tenemos que introducir una relación metafísica que una los estadios de una cosa y dé por resultado un objeto único e idéntico a través del tiempo— y el *Charibdis* de aquéllos que piensan que la identidad no admite definición ni convención alguna y sobrevive a pesar de ciertos cambios en la composición de las cosas.

A Shoemaker le parece que una sustancia o continuante no puede reducirse a un conjunto, serie o suma de estadios u otros átomos. Pero admitir que un continuante es algo que está sobre y por encima de series, estadios, etcétera, no implica renunciar a buscar y establecer la estructura causal de la identidad para así revelar su naturaleza.

Shoemaker introduce la identidad de propiedades como identidad de la capacidad de contribuir a las fuerzas causales de las cosas que

tienen la propiedad en cuestión. Esa noción de propiedad le sirve para introducir la de conexión inmanente o causalidad inmanente entre estadios de cosa. Por ejemplo, la madera tiene la propiedad de poder producir calor, pero para determinar esto necesitamos saber el valor de verdad de condicionales tales como: “si se le prende fuego se quema”, “si se quema produce calor”, los cuales suponen que la madera en cuestión perdura a través del tiempo.

A Shoemaker no le disuade esta circularidad, en la medida en que puede ofrecer una elucidación del concepto fundamental de identidad, y eliminar de la clase de los individuos las series arbitrariamente compuestas, mediante su noción de propiedad.

La tesis de Shoemaker tiene consecuencias importantes para la identidad de las personas. Si analizamos o descomponemos la noción de persona en la noción de estadios de persona, necesitaremos la noción de propiedad mental que permita unir esos diferentes estadios en una única persona. Pero la comprensión de una de esas propiedades, digamos del deseo de hacer, exige incluir las creencias *Y* y las acciones o intentos de hacer *A*, lo cual conduce, a través de todos esos predicados mentales, a tener que introducir a la persona misma como polo de unión de todas esas propiedades.

En suma, no hay comprensión atómica de los predicados mentales; la comprensión de las propiedades incluye o presupone la del sujeto de las mismas, esto es, la de *la* persona que tiene *esas* disposiciones y fuerzas causales. La tesis de Shoemaker es excitante, pero el argumento en el que se apoya tiene un carácter epistemológico que suscitará la acusación de verificacionismo.

La contribución de Wiggins, “The Concern to Survive”, rebate la teoría neo-lockeana que estima que la cuestión de la identidad personal carece de importancia frente a la cuestión de la continuidad mental en casos como el deseo de sobrevivir. Wiggins acepta que el deseo de supervivencia es un deseo racional, pero rechaza que ese deseo consista en preservar solamente la continuidad mental, sin importar la base del cuerpo. La preocupación por la supervivencia no queda satisfecha por la continuidad de una vida mental que fluye bajo la influencia efectiva y cognoscitiva de los recuerdos presentes, las creencias y el carácter. Wiggins cree que esta continuidad mental presupone la validez de la identidad continua de la persona en cuestión y que la razón de esto es que el deseo de sobrevivir no consiste en un dato bruto aislado, sino está inmerso en otros pensamientos y concepciones.

La tesis neo-lockeana conserva la desviación epistemológica de su ancestro. No basta con saberme el mismo o con saber cuál va a ser el resultado; es menester, además, que exista la continuidad de una línea de conciencia y que esta línea asegure la existencia de una

biografía individual. Es decir, que a la identidad aparente debemos agregar la identidad real de la persona, según argumentó Leibniz.

En verdad, si se proponen mundos posibles o casos contrafácticos se puede aceptar mucho menos que esto. Puede aceptarse la continuidad mental, o el dejar rastros o huellas, y esto no decide nada acerca del deseo de sobrevivir y menos aun acerca de la importancia de la identidad de las personas. Seguramente Wiggins está en lo correcto, pero habría que ver su argumento completo en contra de los neo-lockeanos.

Finalmente, Hilary Putnam, en "Analyticity and Apriority", se manifiesta en contra de Wittgenstein y Quine. Contra el primero dice que dos de sus tesis sobre las matemáticas son falsas, a saber, aquélla según la cual los enunciados matemáticos no expresan hechos objetivos, y la que dice que la verdad y apariencia de necesidad de los enunciados matemáticos surgen de, y son explicadas por, nuestra naturaleza.

Putnam ataca la exégesis de Dummett, Stroud y otros y argumenta con fuerza y persuasión. Lo que no queda claro —como es costumbre— es si en verdad son ésas las tesis de Wittgenstein.

Las tesis quineana de que la prioricidad y la analiticidad son inaceptables tampoco satisface a Putnam, quien defiende la tesis de que es una verdad *a priori* que la mayoría de los enunciados matemáticos obedecen ciertas leyes lógicas. Putnam pone el ejemplo del enunciado "No todo enunciado es verdadero".

Al convencionalismo de Wittgenstein y Quine, Putnam opone un falibilismo de acuerdo con el cual nunca estaremos seguros de que nuestras razones en favor de la verdad de un enunciado dado sean definitivas, sin error, confusión o vaguedad conceptual. Está dispuesto a aceptar un elemento de convención en el conocimiento matemático, pero piensa que esa convención, y la revisabilidad que trae aparejada, conviven con el carácter *a priori* de las matemáticas. A éstas subyace la racionalidad, la cual también es flexible, pero menos que las verdades matemáticas particulares.

Hay asimismo un conjunto de artículos acerca de personas y de sustancias. Annette Baier habla sobre "Mind and Change of Mind"; Peter Unger, sobre "Why There Are No People". Chisholm ofrece una versión refinada de su tesis sobre intencionalidad ("On the Logic of Purpose"), mientras que John Earman se pregunta: "Was Leibniz a Relationist?" Avrum Stroll explora "Two Conceptions of Surfaces" y R. Carwright habla de "Indiscernibility Principles". Richard Mendelsohn trata un tema de moda: "Rigid Designation and Informative Identity Sentences".

ENRIQUE VILLANUEVA